

## Reloj de arena

## Traducir la traición a la tradición

...lo verdaderamente original, es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común a todos...!

Miguel de Unamuno

Por Alejandro Bruzual

Las palabras juegan entre ellas, a veces sin control nuestro. Los surrealistas las dejaban saltar en el texto y se convertían en espejos del lector. Saussure propuso que los significantes eran arbitrarios, pero no desarrolló cómo cobran personalidad propia, cómo salen a buscar lo que dicen por sí solos. Así, llegan a comunicar lo que no queremos, y el psicoanálisis puede escarbar las ruinas de Roma en nuestras mentes.

Preguntamos, entonces, qué significa la cercanía etimológica de “tradición”, “traición” y “traducción”. Es falso que la impotencia del traductor traicione el mundo de las lenguas, pues crea siempre un nuevo texto. En este sentido tradición es traducción aditiva, ya que jamás crece solitaria ni de manera autárquica. Buscamos en Corominas y nos pasea por “trabucar” y “traca”, de donde viene nuestra tan característica “trácala”. Luego “arrastrar”, “tener puesto” y, por extensión, “distrar”, “extraer”, “maltraer”, o sea diversas formas del que “trae consigo”. Vincula “retrato” con “retreta” y “retrete”, que parecían tan lejanos. También habla de “dar” y “entregar”, antes de llegar a “traducción”. Finalmente, “traición”, recordando que en italiano es *traditore*, y se acerca al latín de *traditio*, que es el punto de encuentro.

En realidad, lo hacemos para averiguar por qué, en Venezuela, se cruzan como nunca antes “tradición” y “traición” en el pensamiento cultural. Se monumentaliza la primera con afán nacionalista para expurgarla de la segunda, sin discutir un errado carácter reaccionario por su supuesta reticencia al cambio. También se prescribe un contenido anónimo, se reduce a lo exclusivo popular, y se cuestiona la validez de los conocimientos por educación estilística. Pero ¿qué autoridad puede otorgarse tal autoridad sobre lo colectivo de no ser el colectivo mismo? Sería como discutir de sexo desde la impotencia o el voto de castidad. Así de falsa es siempre la pureza.

Si la tradición no se renueva y actualiza, no logra resignificar lo que somos. Muere sin traducción lo que se niega a devenir otro. Porque si tradición es traducción, implica flexibilidad y apertura, lo recibido que se expande. Los trágicos griegos, que eran muchos

HOY ES TU DÍA

Rec.: Vicente Emilio Sojo

MODERADO

2. Que las abejas te den su miel,  
la aurora placida, su fulgor;  
te den su encanto los ruiseñores  
y los querubes te den su amor.

Que la luna te circunde  
con su lumbre nacarada,  
y te admiren las estrellas  
entre nubes irisadas

## FÚLGIDA LUNA

y distintos, lo supieron y reinventaron dioses y reyes, hablaron de muertes terribles y ojos sangrantes en un momento insuperado de creatividad humana y libertad de creación.

Es así cómo el individuo que privilegia su ser en colectividad puede acercarse con autenticidad a la tradición. Vicente Emilio Sojo recopiló, seleccionó y armonizó lo que para él era venezolano, inventándolo en sonidos y haciéndose la pregunta para fortalecer una herencia académica que a duras penas recibía. Forjó las bases de un gregoriano popular que unificara lo disperso, como la nación misma, y lo propuso como garante de una autenticidad imaginada. Tradujo lo popular hasta convertirlo en una fuente que todavía baña, incluso a lo popular de retorno, fertilizando los orígenes. Supo del valor y los peligros de la institucionalización, y se arriesgó a ella. Renovó la enseñanza, creó orquesta y coro profesionales, organizó eventos regulares, pagó con sus escasos recursos premios de composición y editó obras. De esa pasión sostenida surgió un importante repertorio que perdura y espera.

Pero Venezuela no es Sojo. Arrastramos prejuicios y preconcepciones. Somos bastante menos indígenas de lo que vociferamos, y más bien lo destruimos. Nuestro mestizaje es más problemático e injusto que lo que aspiramos a glorificar, y mucho menos conciliatorio. No reconocemos que somos de base cultural euro-

pea en periferia, y si en definitiva es la condición impuesta al mundo globalizado, lo asumimos de manera acomplejada, en vez de manejarlo como derecho con potestad de origen, como sugería hace mucho Henríquez Ureña. Buscamos a ciegas y de espaldas a lo que fuimos, porque en definitiva no nos aceptamos y nos desconocemos. Creemos en futuros en construcción que nunca llegan, y mientras desvirtuamos las utopías. Sucesivas formas de violencia arrasan la construcción cultural, que requiere persistencia. Quizás sea el peso de una fundación fracasada y pendiente. De ahí que seamos más tanáticos que eróticos, más autodestructivos que fructíferos. Si no hay cómo cambiar la historia, se puede reescribir y contrastar en un nuevo proyecto social. Nos perdemos cuando, repitiendo lo peor del español que llevamos dentro, conquistamos por expulsión y sacrificio, amputamos miembros sanos. Sin disposición a compartir lo vital y discutir el resto, solo se parcela lo estéril. Medrosos de aceptar lo que podamos ser, copiamos por “debajo” creyéndolo ingenuamente rebelde, y por “arriba” pretendiéndolo vanidosamente universal. Desdibujamos “lo originario en nosotros”, y se nos adelgaza la piel como a un San Bartolomé criollo.

La relación de Sojo con las músicas populares fue compleja. Repelió lo que consideraba deleznable, y lo era, pero no como música, sino como dispositivos de captura comercial, que hoy pontifican

“Creemos en futuros en construcción que nunca llegan, y mientras desvirtuamos las utopías. Sucesivas formas de violencia arrasan la construcción cultural, que requiere persistencia. Quizás sea el peso de una fundación fracasada y pendiente. De ahí que seamos más tanáticos que eróticos, más autodestructivos que fructíferos. Si no hay cómo cambiar la historia, se puede reescribir y contrastar en un nuevo proyecto social”

equivalentes. La Escuela de Santa Capilla fue una propuesta que aristocratizaba el talento, evaluándolo con dureza como condición, porque entonces el músico era una suerte de escoria social. Sojo propuso la convicción de la obra y no el fugaz discurso que despreciaba. Con orgullo podemos decir que un torcedor de tabaco se convirtió en modelo ético de artista. Puso de su lado al erudito José Antonio Calcaño, miembro de una larga estirpe de artistas, pensadores e intelectuales. A Juan Bautista Plaza, de formación y sapiencia inmensas. Juntos fueron una radical autodefinición de la música venezolana entre lo popular y lo académico, lo heredado y lo asumido, la tradición y lo aprendido. Así surgió ese nuevo milagro de *La cantata criolla*, los valeses de Lauro, *La margariteña*, las *Sonatas de Altagracia*, *El curruchá* y la *Fuga criolla*, la *Misa cromática*, *Antelación e imitación fugaz*, el *Joropo* de Moleiro, y muchas otras obras de dos amplias generaciones. Esas pocas décadas no se han repetido en términos de producción estética significativa, incluso si se dice escasa. Tampoco hemos tenido una propuesta equivalente de comunidad en música. Los millones de dólares que han sostenido a las orquestas juveniles, sus edificios, sus viajes y promoción no lo han logrado. No se fundan así tradiciones nuevas, y ya Europa tiene las suyas. Se requerirá de un esfuerzo enorme cuando haya que traducirlo a otra cosa y confrontarlo, lo que está por verse y se verá, cuando podamos hacer la pregunta sin que se torne traición y anatema.